

debe ser una, santa, apostólica é infalible en sus doctrinas. Tal es la constitucion de la Iglesia de Jesucristo.

EL DR. Antes de averiguar en qué parte de la tierra existe esta Iglesia así constituida, desearia que me manifestáseis en breves palabras los caractéres ó las partes de su constitucion, porque de este modo podré alcanzar mas fácilmente la aplicacion que de ellas hagais en lo sucesivo.

EL TEÓL. Voy á manifestaros exactamente las diversas partes de la constitucion que estableció en su Iglesia el divino Salvador. Segun los libros santos y las tradiciones, la Iglesia debe ser constantemente visible hasta el fin de los siglos, católica, una, santa, apostólica é infalible. Su visibilidad la hace exterior en los miembros que la componen, en el ministerio que la gobierna, y en el culto que ofrece á Dios para que cualquiera pueda verla, reconocerla y buscar fácilmente en ella la santificacion y la vida, como una ciudad situada en una montaña. La catolicidad asegura á la Iglesia de Jesucristo la dominacion en toda la tierra, aunque esta dominacion debe tomarse en sentido moral, á fin de que pueda decirse que es uníversal ó católica con una catolicidad simultánea: así puede decirse que el reino de Jesucristo debe extenderse por ella de uno al otro cabo del mundo, siendo la tierra entera su posesion. La unidad es el carácter por el cual hay en la Iglesia una sola y misma fe, los mismos Sacramentos y el mismo gobierno con un solo jefe supremo, como centro de esta unidad. La santidad hace santa la Iglesia de Jesucristo en su autor, en su doctrina, en su culto, en su disciplina general y en sus miembros, de suerte que en el seno de la Iglesia habrá siempre adoradores en espíritu y en verdad, de suerte que hasta la consumacion de los siglos formará Santos para el cielo. Finalmente, la apostolicidad significa que la Iglesia fundada por el Salvador procede de los Apóstoles, que la propagaron entre todas las naciones predicando la doctrina de Jesucristo, en virtud del encargo que recibieron de extender esta Iglesia desde Jerusalem hasta las extremidades del universo. Tambien debe ser apostólica en cuanto á la sucesion del ministerio, porque los Apóstoles lo recibieron para transmitirlo, de suerte que no puede sustituirse con otro alguno; pero además de esta sucesion exterior hay inherente á este ministerio la *mision*, tal como la dió el divino Salvador á sus Apóstoles por estas memorables palabras: *Como mi Padre me envió, así os envío yo tambien á vosotros* ¹.

¹ Joann. xx.

Id... Por tanto, cuando falta esta mision que procede de Jesucristo y que se transmite por los sucesores de san Pedro no hay verdaderos ministros, de manera que los que se atreven á ejercer funciones santas son usurpadores sacrilegos que profanan los misterios de Dios.

CONFERENCIA XIV.

LA VERDADERA IGLESIA DE JESUCRISTO NO PUEDE HALLARSE EN LAS SECTAS PROTESTANTES NI ENTRE LOS CISMÁTICOS GRIEGOS.

EL DR. ¿En qué parte de la tierra existe la Iglesia de Jesucristo, cuya constitucion acabais de darme á conocer? Tal es el importante asunto en que debemos ocuparnos hoy.

EL TEÓL. Ciertamente no hemos de buscar esta Iglesia entre los infieles ni entre los judíos, sino tan solo entre las sociedades cristianas; pero tampoco hemos de buscarla entre los miserables restos de Nestorianos, de Eutiquianos ó Jacobitas que se hallan esparcidos en Oriente, pues es claro que estas apolilladas sectas no pueden formar la verdadera Iglesia de Jesucristo. Por tanto nuestras investigaciones deben contraerse á la sociedad protestante, á los griegos y á los católicos romanos.

Y comenzando por los Protestantes, vamos á ver si entre ellos se halla la Iglesia del Cristo con su constitucion. Los Protestantes forman en el día una sociedad visible, cuyos individuos se reconocen, mantienen mutuamente ciertas relaciones religiosas, y concurren á varios templos en donde se predica y á veces se celebra la cena; mas aunque esta visibilidad es incontestable, es preciso que los Protestantes nos digan en dónde estaban antes del siglo XVI, ó en dónde formaron una sociedad exterior y visible, por cuanto la verdadera Iglesia de Jesucristo hubo de ser visible desde los tiempos apostólicos y constantemente despues. Sin duda los Protestantes no pueden dar otra contestacion que la siguiente: La Iglesia del Cristo hizo rápidos progresos hasta el siglo IV, de suerte que se fué extendiendo con la verdadera fe en medio de las naciones; pero posteriormente se corrompió y permaneció oculta por espacio de doce siglos entre un reducido número de fieles adoradores en espíritu y en verdad hasta la famosa época de Lutero y de Calvino, que fue cuando el Señor tuvo á bien sacar nuevamente de la oscuridad á su santa y verda-

dera Iglesia. Sin embargo, este subterfugio está en contradicción evidente con lo que nos dice la Escritura y la tradición de la Iglesia del Salvador, siempre situada sobre la montaña y siempre visible, para que los pueblos de la tierra puedan verla, recurrir á ella, y tomar de su seno los medios de la santificación y de la salvación eterna.

Bien convencidos de esta propiedad de la Iglesia del Cristo, ciertos autores protestantes procuran, aunque en balde, mostrarla permanente en su sociedad, esforzándose en identificarla con los Cristianos del siglo IV. En aquella época, dicen, hubo una separación entre los que permanecieron fieles á la doctrina del Cristo, y los que alteraron su fe y su culto hasta hacerse culpables de idolatría. Nuestra sociedad, que es la única verdadera y santa, se ha continuado en los discípulos de Aerio, de Helvidio, de Joviniano, en los Iconoclastas, en los Vaudeses, en los Wiclefitas y en los discípulos de Juan Hus. Fuerza es confesar que los Protestantes se hallan muy honrados con una asociación que debe hacerlos cómplices del orgullo, de la obscenidad, de las revueltas y de las extravagancias de todos los sectarios de que se suponen descendientes; pero la verdad los protege contra sí mismos, y destruye su pretensión de secta. No, no descienden los Protestantes de ninguna de semejantes sociedades, ni tienen otra cosa comun con ellas que la independencia de la autoridad legítima de la Iglesia; y si quisiéramos entrar en pormenores históricos sobre aquellas varias sectas, veríamos que su doctrina y su culto están en contradicción evidente, y que no pueden aceptar la herencia de la fe ni de las prácticas religiosas de aquellos á quienes suponen padres suyos. Así ¿creen con muchos de dichos sectarios en el sacramento de la Eucaristía? ¿Admiten acaso el purgatorio, la invocación de los Santos ó el culto de las imágenes? etc... ¿Dicen por ventura con los otros, que en realidad hay indulgencias y siete Sacramentos? ¿Reconocen como buenos, útiles y propios para la santificación los ayunos y el celibato, particularmente entre los ministros? No tienen derecho por consiguiente á establecer semejante descendencia; y si pudieran levantar su voz sus verdaderos autores, Lutero, Zuinglio, Calvino, etc... sin duda procurarían reivindicar la honra de haberlos sustraído al yugo de la Babilonia moderna, á la superstición y á la idolatría. Lo mejor que pueden hacer es contentarse con los nombres que se les aplican de Luteranos, Zuinglianos, Calvinistas, etc., y no suponerse mas antiguos que sus autores. El Protestantismo, generalmente hablando, no es mas anti-

guo ni tiene relación alguna con los hechos anteriores: es una rama separada del Catolicismo con violencia, en el siglo XVI, y nada mas.

EL DR. Es evidente que los Protestantes no poseen esta visibilidad que entra en la constitución de la Iglesia de Jesucristo, puesto que su sociedad no es anterior al siglo XVI; pero lo cierto es que en el día la tienen, y ¿por ventura no puede decirse que también se hallan esparcidos de un cabo á otro del mundo, que es lo que se requiere para la *catolicidad*, tal cual la habeis explicado?

EL TEÓL. Dignaos observar primeramente que las sociedades protestantes, que tan numerosas son y tan opuestas entre sí, no pueden considerarse como una sola iglesia. Así sería preciso saber si hay entre ellas alguna fracción tan extendida como suponeis al Protestantismo en general, porque en esto consiste la *catolicidad*. Considerado bajo este punto de vista, queda resuelto el problema, pues ninguna secta protestante aislada puede suponerse ni se supone con el carácter de *católica*; mas aunque consideremos al Protestantismo colectivamente, como una sola y numerosa sociedad, ¿podrá por ventura decirse que esté en posesión de la verdadera *catolicidad*? Digan los miembros de la Reforma en dónde se ejerce su ministerio, en dónde están sus reuniones, en qué puntos de ciertas comarcas del África y del Norte del Asia existe su doctrina. Verdad es que los vemos mas ó menos extendidos en varios puntos del universo; pero bien podemos demostrarles que en algunas regiones en donde son desconocidos, y en todas las comarcas en donde se hallan establecidos, se ha fundado otra sociedad cristiana. Además, siendo la *catolicidad* una de las propiedades esenciales de la Iglesia, es claro que ha debido poseerla desde los primeros siglos; y no llevando todavía el Protestantismo cuatrocientos años de existencia, no puede arrogarse de ningún modo la *catolicidad* de la verdadera Iglesia de Jesucristo.

Tampoco poseen los Protestantes la unidad establecida por el divino Salvador, supuesto que nunca han podido ponerse de acuerdo sobre la fe, ni formular una creencia comun de doctrina. Verdad es que han pretendido conservar un simulacro de unidad por la célebre distinción de los artículos fundamentales y no fundamentales, suponiéndose de acuerdo sobre los primeros, y no dando importancia ninguna á los segundos; mas ¿en qué página de la sagrada Escritura, en qué tradiciones se halla un fundamento siquiera para distinguir en la fe, para creer ó negar, para aumentar ó disminuir al capricho de cualquiera los artículos fundamentales? Jesucristo exige que se acepte sin condicion alguna lo que los Apóstoles tenían ór-

den de predicar. Tambien se puede preguntar á los Protestantes si se ha fijado y en dónde existe el símbolo de sus artículos fundamentales; porque desde el punto mismo que se les exija que lo establezcan, si no tienen ninguno, se introducirá entre ellos una discordia interminable ó una nueva confusion de Babel. Aun contrayéndonos á la divinidad de Jesucristo, no todos estarán dispuestos á aceptarla como artículo fundamental, segun arguyen actualmente las doctrinas de Strauss y de sus partidarios.

Difícil seria en tan lato sistema encontrar muchas sectas condenables en el Cristianismo; y no seria poca por consiguiente la injusticia con que se ha tratado á las muchas sociedades que se separaron de la Iglesia principal por algunos puntos secundarios de poca cuenta, segun nuestros reformados; y sin embargo desde los tiempos apostólicos hasta el siglo XVI se ha creído que hay doctrinas falsas é intolerables en materia de fe, no debiendo tampoco omitirse que entre estas doctrinas falsas hay muchas que no presentan las manifestas oposiciones que entre los Protestantes existen, sin que por esto se creyera que sus partidarios perteneciesen á la misma comunión, ó formasen una misma sociedad. Por tanto la distincion de los artículos fundamentales, en contradiccion con la fe de todos los siglos cristianos, es una innovacion del Protestantismo.

Tampoco tienen los Protestantes la unidad de Sacramentos, y para probarlo basta con observar lo que pasa entre los Luteranos, los Calvinistas, los Anglicanos, los Presbiterianos, los Metodistas, etc... ¿Seria posible que así no fuera con el principio de perfectibilidad que parecen adoptar en el dia? Este principio los hará siempre móviles, so pretexto de progreso, y los pondrá en continuo desacuerdo y oposicion sobre la doctrina, los Sacramentos y la disciplina, pues no es posible que los hombres estén acordes para determinar lo que debe modificarse, mantenerse ó abandonarse como una doctrina ó una práctica rancia.

Ni siquiera pueden estar acordes para establecer un centro de unidad, porque cada secta tiene su individualidad; y si quieren deducir las consecuencias naturales de sus principios, cada particular se verá independiente, aislado, dueño de crearse una doctrina, un culto y una religion entera. ¡Qué oposicion, qué sistemas contrarios no hay sobre la cuestion de sus jefes! Los unos no quieren jefes, los otros quieren uno colectivo, el sínodo; y los otros, como los anglicanos, consideran al soberano como su jefe supremo espiritual, sin distincion del sexo tan siquiera. Isabel fue la primera que ejerció este

pontificado *femenino*, de que se halla revestida actualmente la reina Victoria por derecho de sucesion; y ¿acaso podeis reconocer en este caos, en estas contradicciones, la sencilla y majestuosa unidad de la Iglesia de Jesucristo, que nos llenaba de admiracion en nuestras investigaciones sobre los tiempos apostólicos, y la constitucion establecida por el divino Salvador?

Pasemos rápidamente sobre la santidad de las sectas protestantes; pero no hay que preguntarles si sus autores, Lutero, Zuinglio, Calvino y Enrique VIII se recomiendan por su humildad, por su dulzura, por su caridad y por la castidad de sus costumbres; porque demasiado saben lo que fueron, demasiado tienen que avergonzarse del insensato orgullo, de las extravagancias y de la licencia de los supuestos reformadores. Examinemos si sus principios son Santos ó propios para inspirar é inducir á la santidad. Su dogma de la predestinacion y de la reprobacion absolutas hace imposible la santidad; pues si el hombre es una máquina sin libertad, nadie puede imputarle ningun bien ni mal. Así es que no suponen la necesidad de hacer obras buenas para salvarse; así es que se oponen con encarnizamiento á la confesion de los pecados en la mayor parte de sus sectas, á la mortificacion de la carne, al ayuno, á la virginidad y al celibato observados como medios de santificacion; y si no fuera por el pudor público que los contiene podrian seguir las doctrinas de sus patriarcas, aun con respecto á la tolerancia de la poligamia. Considerando que no hay obstáculo ninguno para el divorcio, siquiera reiterado, se aprovechan de la legislacion establecida que le permite, aunque no dejan de estar sujetos á todo su rigor. Verdad es que entre las sectas protestantes hay muchas personas recomendables por su probidad, por su desprendimiento, por su generosidad... etc.; pero no es nuestro ánimo aplicar estas observaciones á los individuos, sino tan solo manifestar que son una consecuencia legitima de los principios adoptados en el Protestantismo.

Tratemos ahora del carácter apostólico. Entre los Protestantes ha desaparecido casi del todo este carácter tan evidente de la Iglesia de Jesucristo; mas para convencerse de ello no hay mas que comparar sus creencias y sus sacramentos con la fe y con los sacramentos de los tiempos apostólicos. Los Protestantes lo han alterado todo, pues los unos se niegan á admitir lo que prescribieron los Apóstoles, y los otros han introducido varias innovaciones, contemporizando ó reprimiendo sus pasiones, segun su capricho; de suerte que son muy

pocas las verdades que conservan, y muchas menos las prácticas de los tiempos de la Iglesia primitiva.

¿Qué relacion tiene con los Apóstoles su ministerio sacerdotal? Ni reconocen obispos con un carácter distinto, si no son los Anglicanos, ni tampoco los quieren, de manera que ni siquiera tienen sacerdocio, á menos que lo supongan compuesto de sus pastores y de sus ministros. Mas este sacerdocio ¿de dónde procede? ¿Quién lo ha establecido? ¿quién lo ha transmitido? Por lo que hace á los Anglicanos, es muy dudoso que posean el carácter del episcopado¹; pero, como llevamos dicho, aunque hubiese el episcopado en todas sus sectas, no basta con el verdadero sacerdocio por el carácter, pues tambien se necesita la mision procedente de Pedro y de sus legítimos sucesores. ¿Quién ha dado esta mision á Lutero, á Zuinglio, á Calvino y á los Anglicanos que se suponen revestidos de ella? Habiendo quebrantado con violencia los vínculos que los unian á lo pasado, hasta los tiempos apostólicos, claro es que hubieron de perder esta mision, que no sigue la sucesion material, sin que tampoco consista en los poderes del orden. El ministerio, en todo lo que concierne á la jurisdiccion, debe esencialmente ser legitimado y vivificado con estas palabras: *Como mi Padre me envió, así os envío yo tambien á vosotros.*

¿De dónde recibieron los autores del Protestantismo la mision de establecer una sociedad nueva, separándose de la Iglesia que los precedia, que asciende hasta los tiempos apostólicos y que posee verdadera y exclusivamente la mision del ministerio? No pudiendo mostrar los títulos de una mision ordinaria para las iglesias que fundaron, para las doctrinas que establecieron, ó para el supuesto poder de que usaron y abusaron á sus anchas, se ven forzados á suponerse enviados del cielo para reformar los abusos y para establecer una nueva Iglesia de Jesucristo; porque es evidente que la Iglesia de Jesucristo no es la suya. Si pretenden conservar esta identidad, es preciso reconocer que esta identidad estaba tan ignorada y oculta, que se necesitan relaciones insólitas con Dios y luces extraordinarias para reconocerla, como tambien el poder suficiente para hacerla aceptar; mas ¿quién puede probar estas relaciones directas con la divinidad? ¿En dónde están los milagros, los prodigios y las profecías que atestiguan estas comunicaciones divinas? No basta ciertamente que se presente en la plaza pública un fraile violento y orgulloso para declamar contra el orden establecido, para anatematizar al Pa-

¹ Esta cuestion la examinaremos al tratar del sacramento del Orden.

pa y á los Obispos, para declamar contra la fe y los Sacramentos, y para blasfemar contra todo lo que hasta entonces habia respetado y profesado, al menos exteriormente, como sacerdote y como fraile: es preciso que pruebe su mision personal, cuando quebranta sus vínculos con las autoridades espirituales antiguamente establecidas. Por último, no nos cansaremos de repetir: ¿En dónde están los prodigios de los patriarcas de nuestros supuestos reformados? Si estos prodigios existen en alguna parte, ¿por qué no los muestran auténticos y verdaderos?

No han faltado algunos que se atrevieron á decir: Nuestro milagro consiste en la felicidad del éxito. Esta es la relacion que hemos tenido con la divinidad y la que nos ha sostenido por sí sola contra nuestros adversarios, multiplicándonos por millones. La felicidad del éxito es un testimonio muy equívoco, puesto que tambien la alcanzaron Buda y Mahoma, cuyos sectarios, mas numerosos que los del Protestantismo, se cuentan por centenares de millones; pero sin necesidad de recurrir al prodigio, no es difícil explicar la fortuna de las sectas protestantes. En efecto, sus caudillos han excitado todas las malas pasiones, han roto el freno que las contenia, han promovido el odio y la revuelta contra los superiores eclesiásticos, y se han granjeado la amistad de algunos príncipes codiciosos, que deseando establecer el despotismo de su autoridad secular sobre los escombros del poder espiritual, sostuvieron y secundaron las violencias de los supuestos reformadores que provocaban y sancionaban el despojo de las iglesias, de los conventos y de sus bienes¹. El deseo de adquirir estos bienes es lo que excitó á aquellos príncipes codiciosos², celosos de su autoridad secular, á hacerla mas despótica sobre las ruinas del poder espiritual. Tal es el secreto de sus primeros progresos. Despues de esta señal de invasiones y despojos, otros príncipes han creído muy cómodo este medio de extender sus patrimonios con unas conquistas tan fáciles, puesto que no acarreaban la necesidad de introducir innovaciones en sus Estados. De ordinario el pueblo sigue maquinalmente el ejemplo de sus superiores, en especial cuando favorece su desorden y licencia; pero además ¡cuántos medios no se emplearon para hacer apostatar á los fieles, y mantener por la fuerza en el error á los que lo habian abrazado! ¡qué de violencias no se ejercieron en las familias! Arrebatáronse injustamente á los Católicos los empleos públicos, para darlos á los reformados como una recompensa de su apostasía; y esta conducta ha surtido en Inglaterra los mismos resul-

¹ Walter, § 27. — ² Ibid. § 29.

tados ¹. En todas partes el pueblo se ha apoderado de los bienes de la Iglesia como de una presa; al que ha querido enriquecerse le ha bastado con renegar de su fe, y este camino ha sido todavía mas ancho cuando se han querido aceptar títulos *sagrados*, muy compatibles ciertamente con todas las comodidades de la vida. Ya sabeis que los *papistas* quedaron excluidos de los empleos y de las dignidades; pero no se ha contentado con esto el despotismo protestante ó anglicano; porque si alguno de sus hijos deseaba entrar en la nueva Iglesia, desde luego se declaraba señor de la casa paterna, al paso que la ley le aseguraba esta usurpacion sacrilega. Tal es el milagro del incremento del Protestantismo; tal es el *dedo de Dios*; tal es el gran prodigio emanado del cielo.

EL DR. Claramente se ve que las sectas protestantes no poseen los diversos caracteres que son esenciales á la constitucion de la Iglesia de Jesucristo. Extraño es y muy deplorable que los Protestantes no observen la evidente contradiccion de sus doctrinas con la Iglesia primitiva, fundada por el Salvador y por sus Apóstoles; de manera que con un poco de instruccion y de cordura bastaria en mi concepto para restituirlos á la verdad y mantenerlos en ella. Examinemos otro punto, porque deseo saber el concepto que os habeis formado de la sociedad de los cismáticos griegos.

EL TEÓL. Muy equivocado estais, si creéis en la facilidad de convencer á los Protestantes de los errores de sus sectas para entrar en la verdadera Iglesia de Jesucristo; porque el nacimiento, la educacion, los ejemplos y las preocupaciones son para ellos otros tantos obstáculos de que solo puede triunfar la gracia. Aun cuando lograrais convencerlos, pocos serian los que tendrian valor suficiente para abandonar una sociedad en donde tienen amigos y parientes que acaso rompieran toda clase de relaciones con ellos. El amor propio y los respetos humanos aumentarían las dificultades que acarrea la posicion, la familia y el empleo, prescindiendo de la repugnancia á someterse á ciertas prácticas incompatibles con el orgullo, á humillarse á los piés de un sacerdote para la confesion de los pecados, y á entrar en una vida enteramente nueva para la inteligencia y acaso tambien para el corazón. No, no es capaz el hombre de tantos esfuerzos ni de una generosidad tan heroica: necesita un especial auxilio del cielo para triunfar de sí mismo. Es preciso además tener en cuenta que raras veces otorga Dios la gracia de la conviccion, y menos el valor de seguirla, á los que viven indiferentes á su conciencia, á su Re-

¹ Walter, § 50.

ligion y á su eternidad; no debiendo tampoco omitirse que estos son el mayor número. Algunos hay que llevan el celo religioso hasta el fanatismo; y estos encuentran un obstáculo en sus ciegas pasiones, especialmente en su orgullo de exámen y en la insensata confianza con que consideran la inspiracion del espíritu privado. Si rogasen á Dios con un corazón puro, sencillo y humilde, no hay que dudarlo, conocerían la falsedad de su secta, las contradicciones y las inconsecuencias de que está llena, y con el socorro de la gracia entrarían desde luego en la verdadera Iglesia de Jesucristo.

Examinemos la Iglesia griega, que tanto os preocupa, segun parece. No puede dudarse que esta Iglesia posee una visibilidad, que está constituida con un pueblo, pastores, ceremonias, etc... porque todo esto afecta los sentidos; pero tampoco puede negarse que esta sociedad no tenia ningun gobierno separado ni patriarcas independientes antes del cisma de Focio, consumado por Miguel Celulario.

¿Quién ha provocado una escision tan deplorable? ¿quién es el que se propuso verificarla? ¿De qué parte estaban los derechos? Cuestiones históricas son estas muy contrarias á las pretensiones de los griegos, que se suponen continuadores de las iglesias primitivas. Sus acusaciones no pueden establecer ningun derecho ni amenguar la autoridad de la historia: lo cierto es que se separaron, y que forman tambien una rama arrancada del árbol católico. Su sociedad, tal cual actualmente la vemos, no existía antes del cisma, y por consiguiente no puede poseer la perpetuidad, que entra como un carácter esencial en la constitucion de la Iglesia de Cristo. Pocas palabras hay que decir en orden al carácter católico, porque los griegos no se han creído nunca mas numerosos que las otras sociedades cristianas, ni derramados por el universo entero, que es una condicion esencialmente aneja al Catolicismo.

Acaso poseen actualmente la unidad de doctrina; pero puede asegurarse que no la conservarán mucho tiempo, porque empieza ya á desarrollarse en su seno el espíritu de innovacion, especialmente entre los moscovitas. No le basta sin embargo para la unidad de la verdadera Iglesia del Cristo el acuerdo que existe desde la época del cisma; porque esta unidad es incompatible con los cambios de doctrina, y es un hecho que los griegos desechan algunas verdades importantes que admitían en el siglo VII. Antes de la separacion creían, como nosotros, que el Espíritu Santo procede del Hijo; pero desde la consumacion del cisma lo niegan, de suerte que al modificar la fe

abandonaron la unidad de doctrina constante, que es el verdadero carácter de la Iglesia de Jesucristo.

También han variado con respecto á la unidad del ministerio subordinado á un solo jefe, puesto que primeramente consideraban, lo mismo que nosotros, al Obispo de Roma como centro de unidad y fuente de toda jurisdicción; luego reconocieron al patriarca de Constantinopla como único superior de su Iglesia, y posteriormente formaron dos grandes sectas, á saber, una que continúa obedeciendo á este patriarca, y otra sometida á un sínodo supremo establecido en Rusia, cuyo jefe independiente es de hecho el Emperador. Y no se crea que esta pretension del Czar lo sea de nuestros días, porque ya á mediados del siglo XV Basilio III se separó del patriarca de Constantinopla, proveyendo las sillas episcopales con la *aprobación* de sus obispos; Iban III dió personalmente la investidura con el báculo pastoral; Fedor I nombró un patriarca de su propia autoridad, y por último en 1700 y 1721 Pedro I creó un sínodo supremo para gobernar las iglesias con arreglo á la voluntad del Autócrata. No es posible que posean la misión indispensable para el gobierno de la Iglesia, porque debió de quedar en la gran sociedad de que se separaron.

Quedan terminadas nuestras investigaciones en orden á las sectas protestantes y á los cismáticos griegos. No debe reconocerse en estas sociedades cristianas la constitución establecida en su Iglesia por el divino Salvador; mas aun cuando se observase en ellas algunas partes de esta constitución, tampoco podrían considerarse como la verdadera iglesia, porque esta debe poseerlas todas absolutamente, sin excepcion alguna.

En otra conferencia examináremos si la tercera de las grandes sociedades cristianas, que es la que lleva el nombre de católica-romana, presenta todos los caracteres de la verdadera constitución de la Iglesia establecida por Jesucristo.

CONFERENCIA XV.

LA VERDADERA IGLESIA DE JESUCRISTO RESIDE EN LA SOCIEDAD CATÓLICO-ROMANA.

EL DR. Ya que la verdadera Iglesia de Jesucristo no reside en el Protestantismo ni entre los cismáticos griegos, es preciso buscarla en

la sociedad católico-romana, que forma la tercera de las grandes divisiones cristianas. Así desearia que examinásemos si esta sociedad posee todas las partes de la constitución de la Iglesia de Cristo.

EL TEÓL. Todas absolutamente las posee. En primer lugar, es constante que los Católicos forman en el día una sociedad visible en sus miembros, en sus pastores, en su disciplina y en sus ceremonias, sin que pueda señalarse una época posterior á los tiempos apostólicos en que esta sociedad haya sido invisible, como sucede entre los Protestantes y entre los griegos cismáticos. Sigamos el curso de los siglos, y la veremos siempre en medio de las naciones, pues aunque fue perseguida mas de trescientos años, nunca fue destruida ni ocultada, debiendo decirse que en los siglos de persecución aparece todavía mas brillante por el valor de sus gloriosos Mártires, cuya fe y heroísmo se vieron proclamados hasta los últimos extremos del universo.

La sociedad romana es la *ciudad* situada sobre la montaña, que las naciones han visto de lejos, acudiendo apresuradamente á ella para que las contase en el número de sus habitantes. Las sectas cristianas dan á esta Iglesia el nombre de *Católica*, como su carácter propio y su distinción particular, porque por ella se extiende el reino de Jesucristo hasta los confines del mundo, siendo la tierra su patrimonio. Por lo demás, nadie puede negarle esta extensión manifiesta en todas las partes del universo, como que la vemos en todos los Estados de Europa sin excepcion alguna, siendo en muchos la dominante, como en Italia, en España, en Portugal, en Francia, en Bélgica, en Austria, en Bohemia, en Irlanda, etc. Muchos cantones de Suiza, como ya sabeis, son católicos; en Inglaterra acrece cada día de una manera notable; en Holanda posee un crecido número de iglesias; en los otros países del Norte en donde dominan el Protestantismo y los cismáticos griegos, hay también varios individuos de la sociedad católico-romana con sus iglesias y su culto; en el continente y en las islas de Levante apenas hay una ciudad de importancia que no contenga algunos fieles y ministros de la sociedad romana; en América los Católicos ascienden á mas de veinte y dos millones, y este número va siempre en aumento; en el Asia, aunque no es fácil determinar su número, puede asegurarse que apenas hay un país extenso donde no se halle establecida; en la Oceanía va creciendo actualmente de un modo muy satisfactorio, y en la mayor parte de los países habitados y civilizados del África existe también la Iglesia romana, pues aunque hace catorce siglos que dejó de reinar en la parte septentrional del suelo africano, tan célebre en otro tiempo por el